

LOS PAISAJES DEL CÁUCASO¹

La obra publicada en francés es una reelaboración a partir de la tesis doctoral codirigida por los profesores G. Bertrand de la Universidad de Toulouse y M. Alexei Retezum del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de Rusia. Dicha tesis fue defendida en la Universidad de Toulouse el 12 de Diciembre de 2000. La autora, Marina Frolova, tiene por tanto una doble formación francorusa, ya que su doctorado en Francia vino precedido por la licenciatura en Geografía por la universidad estatal de Moscú-M.V. Lomonosov. Actualmente es becaria Ramón y Cajal en la Universidad de Granada donde colabora con el Instituto de Desarrollo Regional y el Departamento de Análisis geográfico regional y Geografía física.

En el Prefacio titulado «El Cáucaso, una montaña legendaria reinventada por la “ciencia del paisaje”», el profesor Georges Bertrand destaca magistralmente las principales aportaciones de la obra.

Ante todo, la paradoja que implican tanto la contemplación como el estudio de toda montaña, la «excitante paradoja de una montaña como otras que no se parece a ninguna otra». Contradicción objeto-sujeto, montaña en general y Cáucaso en particular, en la que la doctora Frolova profundiza con eficacia y elegancia a través de su expresión mas banal y compleja: el paisaje. Es harto significativo, en este sentido, que sea precisamente en el Cáucaso, el mitológico y legendario Cáucaso, donde haya tomado aliento e inspiración esa «nueva disciplina geográfica con base naturalística» que es la ciencia del paisaje rusa y soviética.

En segundo lugar el procedimiento seguido, que pretende situar cada elemento del paisaje en su lugar y su tiempo, procedimiento exigente que requiere una apertura de miras mas allá de la estricta geografía física y una notable maestría y erudición como las que despliega la autora. Inspirada por Serge Briffaud en todo lo concerniente a las representaciones de los paisajes de montaña, Marina Frolova realiza no solo un riguroso análisis geográfico-histórico de los paisajes del Cáucaso sino que nos introduce en un muy interesante y solvente estudio epistemológico que nos invita, que invita a cualquier lector, a «comprender como nacen las representaciones paisajísticas (y) como evolucionan hasta llegar a ser, a veces, bien sea ejemplos de modelización científica, bien sea arquetipos culturales». Desde que el arca de Noé se posara en el monte Ararat, de acuerdo con el relato bíblico, el Cáucaso entró en el gran mito de la montaña, y como dice el profesor Bertrand, ya no ha salido nunca de él. El mito acompaña mas o menos implícitamente, a todas las numerosas formas de aprehensión de las montañas caucásicas que M. Frolova inventaría de un modo nada surrealista... relatos de fantasía y/o fantásticos de los primeros descubridores, maravillosamente románticos de los higienistas atraídos por la calidad de las aguas termales; entusias-

1. FROLOVA, Marina: *Les Paysages du Caucase. Invention d'une montagne*. París, Editions du Centre des travaux historiques et scientifiques (CHTS Géographie), 2006.

mos pronto enfiados por los militares..., burócratas zaristas y soviéticos; colonos esforzados, enfrentados a un «pseudoeldorado mediterráneo». A lo que se añade el fondo de decorado literario y turístico de una montaña pintoresca y salvaje, barrera en los confines del mundo occidental, y el silencio demasiado profundo de los pueblos autóctonos «excluidos de sus paisajes».

La obra ofrece también, entre otras cosas, una interesante perspectiva sobre los procedimientos de trabajo de la geografía rusa y soviética, durante mucho tiempo una «especie de brazo científico armado de una colonización tan despiadada como interminable», hasta la configuración de la «ciencia del paisaje», «denominación antigua, derivada de una traducción literal sin alternativa que la sonado siempre mal en los oídos científicos europeos habituados a categorías disciplinarias más lógicas y menos globalizantes y, sobre todo, basadas en un corte insuperable entre saber científico y cultura»

Este elogio de la complejidad, señala por último Bertrand, hábilmente plasmado en la obra por su autora, nos reintroduce en el tema del «estudio comparado de los diferentes macizos montañosos», resituándonos en la variedad de aproximaciones científicas y culturales. En este sentido han de replantearse, por ejemplo, como hace M. Frolova, los efectos de la extensión abusiva, del «modelo alpino» que ha alterado tanto, y durante tanto tiempo, la interpretación de las montañas del mundo, incluido el Cáucaso.

Este tema preocupa a la autora tanto que ya lo plantea en la introducción de la obra («*A la búsqueda de los paisajes caucásicos*»). Señala así el papel del Cáucaso en el imaginario europeo, como centro mítico de Eurasia, difícilmente accesible y hostil» y la consideración de su paisaje, de acuerdo con el modelo alpino, como inferior estéticamente. Vendrá luego la configuración de un nuevo modelo de «montaña transcontinental», exótica, salvaje y alejada del modelo alpino. Modelo militarista y utilitarista de paisaje montano que es rebautizado en esta obra «modelo caucásico», cuyo estudio, tanto objetivo como subjetivo, en el tiempo y en el espacio, tanto tiene que decir, sobre el modo en que se han construido los modelos científicos y las representaciones espaciales en los últimos tres siglos.

La autora explica muy bien las interferencias entre unos y otras, modelos y representaciones, y su valor para el análisis geográfico en el capítulo 1 («*El paisaje montano entre las representaciones y los modelos*»). Parte en él del análisis de la realidad geográfica del Cáucaso, incontestable pero objeto de interpretaciones diversas, tanto en Rusia como en Europa occidental desde el siglo XVIII, que afectan desde su misma extensión, configuración y límites, hasta su adscripción a Europa o Asia o su significado como montaña, tanto desde el punto de vista natural como humano y económico. Lo que lleva a diferentes interpretaciones según modelos geográficos condicionados por el prototipo alpino. La montaña pasa a ser así de una «región geográfica arquetípica» a un modelo, o varios, de paisaje. El análisis de los trabajos geográficos contemporáneos sobre el Cáucaso es paradigmático del modo en que se construyen algunas representaciones geográficas.

La autora profundiza en este tema, para comprobar y demostrar como se producen los tránsitos entre representaciones y modelos (o representaciones científicas) mediante

un análisis espacio temporal de los clichés físicos y humanos que se han sucedido históricamente en el Cáucaso. Así en el capítulo 2 (*El descubrimiento del Cáucaso siglos XVIII-mediados del XIX*) nos da a conocer de modo exhaustivo, bellamente descrito y con magníficas ilustraciones cartográficas y fotográficas, los orígenes del paisaje caucásico, en el momento de descubrimiento de la montaña en el siglo XVIII, el despertar del mito y la configuración del Cáucaso como «región estratégica» para Rusia. Sin olvidar las primeras miradas científicas, que hace arrancar del viaje de Tournefort al Ararat (1701), sorprendido por la riqueza florística de «la montaña que sirvió de escalera a Noé». Esta visión de los viajeros occidentales o rusos se contrapone a las vistas «desde dentro» como la que incorpora el ilustrado príncipe georgiano Wakhouchti en su detallada «Descripción geográfica» de una Georgia cristiana, amenazada por el imperio otomano tanto como por las luchas intestinas de los príncipes locales. El capítulo concluye con el estudio de «la invención de la montaña en Rusia», que pone en relación con el desarrollo científico auspiciado por el desarrollo industrial y comercial del S. XVIII en Rusia, lo que confiere desde el principio a la ciencia rusa, a diferencia de la occidental, un marcado carácter práctico o utilitario, cuyos científicos, por añadidura, basan sus sistemas en las observaciones del terreno. El papel fundador en la cristalización de la nueva ciencia se atribuye a Mijail V. Lomonosov que, entre otras cosas, es el primero en proponer una teoría general de los fenómenos físico-geográficos de la capa superior del globo (relieve) a base de hechos observados y experimentados por el mismo, referencia teórica de los expedicionarios de la Academia de Ciencias rusa, que sirven de coartada al expansionismo del imperio ruso y que son en realidad quienes llevan a cabo lo que M. Frolova llama el predescubrimiento del Cáucaso. A partir de las abundantes informaciones recogidas en el tercer tercio del siglo XVIII por estas expediciones, se llevan a cabo las primeras cartografías caucásicas que incluyen itinerarios y localidades entre otros datos. Por cierto que la estructura del poblamiento «arracimado» y las «casas cúbicas» recuerdan no poco las de nuestra Alpujarra. Y todo ello se analiza en paralelo con la evolución de las miradas sobre el Cáucaso que sirven también de base a nuevas representaciones artísticas y literarias que van preparando la nueva representación o modelo científico de esta gran montaña.

«La conquista del paisaje caucásico» y la configuración paralela de dicho modelo científico tendrán lugar en la primera mitad del siglo XVIII, con la anexión progresiva de los países caucásicos al imperio ruso y la construcción de nuevas rutas de acceso. De ahí va a nacer una nueva geografía de estos territorios, en algunos momentos vinculada directamente a la figura de Alejandro de Humboldt, que viajó a Moscú, y a los cursos impartidos por Carlos Ritter que siguieron numerosos estudiosos rusos. En todo caso las bases anteriores continúan (pragmatismo, militarismo, burocracia), aunque se configuran mas y mejores cartografías y estudios del paisaje caucásico. Aparecen nuevos tópicos y representaciones, derivados de la moda de «viaje a la montaña», el termalismo o «las aguas minerales» y, sobre todo, nuevas representaciones pictóricas de elementos o conjuntos naturales que influyen claramente en algunas obras literarias e incluso algún Atlas de la época.

Estos y otros elementos, como las nuevas estadísticas y las exploraciones sistemáticas, determinan lo que Marina Frolova denomina «la invención de los primeros

elementos» del paisaje caucásico, en que confluyen el «paisaje del viajero» y el «paisaje del naturalista», de acuerdo con el nuevo programa propuesto por Humboldt. Según la autora es el «tiempo de la geología» y de Abich considerado el «padre de la geología del Cáucaso», aunque también estudió y sistematizó la orografía (clasificación de los sistemas montañosos) y la hidrografía, así como los efectos de las glaciaciones (primer estudio comparado de los glaciares caucásicos). No faltan tampoco entre estos primeros elementos paisajísticos, las representaciones de los pueblos caucásicos, que aportan por lo general, según la autora, una imagen bipolar y determinista: circasianos, tártaros o georgianos libres y patriotas, chechenos guerreros y rapaces, pueblos en general pobres y atrasados de los que se realizan dibujos y descripciones etnográficas. En todo caso, según Frolova, la pasión que ya existía en occidente, desde el siglo XVIII, por el análisis de la influencia del medio geográfico en las sociedades, no llega a Rusia hasta el siglo XIX, cuando se extiende la lectura de la obra de Malte-Brun. En todo caso la geografía etnológica progresa en este momento y es uno de los elementos principales de los nuevos modelos científicos.

El tercer y último capítulo de la obra se dedica enteramente al análisis de la construcción y evolución de los modelos científicos sobre el Cáucaso (*Hacia una concepción científica del paisaje caucásico*). La autora hace referencia ante todo al contexto científico y cultural que corresponde al período objeto de estudio en este capítulo (segunda mitad del siglo XIX y siglo XX). Contexto primero de afirmación de la geografía como disciplina científica y de expansión del alpinismo, de lo que derivan, como escribe Numa Broc, no pocas interferencias entre naturalistas, deportistas y viajeros, fecundas, entre otras cosas, por la extensión y vulgarización de los nuevos conocimientos sobre la montaña. Con el siglo XX esto va a desaparecer, sin embargo, al imponerse en la geografía una visión cada vez más cartográfica y abstracta, en la que se tiende a eludir la mirada personal y la imagen «pintoresca» como «no científicas» y a construir «modelos científicos» de paisaje, más «objetivos».

El primero de los dos grandes apartados en que divide este capítulo aborda «la emergencia del modelo caucásico» desde 1860 a la revolución bolchevique de 1917. El «cientifismo» del paisaje se impondrá en Rusia muy pronto, contribuyendo a la constitución de la geografía como ciencia práctica a diferencia de la institucionalización académica de Francia y más en cercanía con lo que ocurría todavía a principios del S. XX en Alemania y los países anglosajones, donde coexisten los análisis naturalistas con los estudios del paisaje cultural (*Kulturlandschaft* o Cultural landscape). En todo caso la dimensión cultural del paisaje fue siempre en Rusia menos acusada, al imponerse inicialmente la «lógica geográfica» propuesta por A. de Humboldt y considerarse el paisaje como producto de la interrelación entre los diversos componentes del medio que será la base que, tras diversas evoluciones, conducirá a la *Landschaftovédénie* o ciencia del paisaje rusa. Esta es el resultado, según expone M. Frolova, de la convergencia de dos ideas: la discontinuidad del medio, fruto de su estructura pluridimensional, y, por otra parte, la continuidad y unidad de este mismo medio en el espacio y en el tiempo. Los rusos adoptan el término alemán *landschaft*=paisaje, al que consideran un conjunto de objetos y fenómenos que se repiten regularmente en la superficie terrestre. Dicho paisaje, al menos al principio, «se vinculará, a la vez, con

hechos <visibles>, que remiten a la experiencia común de observación —punto de partida de las descripciones geográficas tradicionales— y a la aprehensión de fenómenos inaccesibles a la intuición del hombre, como, por ejemplo, la organización estructural del espacio geográfico». Con el tiempo, y en especial desde 1917 por la influencia de la doctrina marxista, el paisaje se aparta en Rusia, cada vez más, de la teoría de Humboldt y adquiere caracteres de modelo científico abstracto, alejado de toda representación sensible. No obstante la contradicción entre realidad espacial objetiva y sujeto de percepción, queda vinculada a la noción de paisaje y, a lo largo del siglo XX, también en Rusia, servirá de base para continuas discusiones entre los geógrafos sobre la definición, morfología, estructura y métodos de estudio.

En el subapartado primero, la doctora Frolova estudia con todo lujo de detalles, primero, los orígenes de la concepción rusa del paisaje geográfico, atendiendo tanto a los contextos histórico-culturales más trascendentes (como la liberación de los siervos por Alejandro II, hecho determinante en muchos aspectos) como las sucesivas aportaciones científicas de los geógrafos que agrupa en tres corrientes principales: la de P.P. Semionov Tian-Chanski, cuya inmensa obra analiza críticamente poniendo en duda su originalidad en algunos casos, la de D.N. Anoutchin que decanta la geografía rusa hacia la geomorfología y abre paso con sus discípulos (Berg, Borzov, Grigoriev, Krouber, Neustroiev...) a trascendentales estudios caucásicos, y la de V.V. Dokutchaev, el gran edafólogo ruso de relieve mundial, cuya obra teórica sobre el papel de los sistemas territoriales ha quedado injustamente relegada por sus aportaciones a la geografía de los suelos. A él se debe, entre otras cosas, la importancia central concedida al suelo, como complejo viviente, en los análisis paisajísticos rusos y la primera definición de «Zonas pedológicas verticales y horizontales del Cáucaso (1898).

No menor relieve e intensidad tiene el segundo subapartado en el que analiza las nuevas tendencias de las exploraciones caucásicas en este período de finales del XIX y principios del XX. La trascendencia que en estas tuvo la guerra caucásica de 1864, que afirmó el dominio imperial ruso en todo el Cáucaso y dió paso a una nueva época de representaciones de esta montaña, incluyentes ya de grabados y fotografías. Aunque la imagen occidental del Cáucaso varía poco en este período y se centra en la alta montaña (los «cinco miles»), donde apenas llegan viajeros, alpinistas y termalistas, surge ya con firmeza una imágenería científica interna que hace de esta gran montaña una referencia permanente y de su paisaje un valor reconocido de la ciencia rusa. El Cáucaso, gracias a ello, dejará de ser el territorio marginal, la «extremidad» que había sido para los rusos hasta finales del XIX y añade a los tradicionales componentes míticos otras imágenes naturalísticas, económicas o etnológicas que se nutren de un arsenal de observaciones directas y nuevos datos estadísticos, cartográficos (procedentes en gran medida de expediciones militares sistemáticas), fotográficos, etc. Militares y científicos, como el topógrafo Pastukhov, que coronó hasta seis veces «los 5.000», abrieron paso a una infinidad de estudios y observaciones, sobre todo en el Gran Cáucaso, cuya glaciología por ejemplo era desconocida hasta finales del siglo XIX. Aunque todavía en muchos casos con el espíritu enciclopédico anterior, los primeros trabajos de síntesis dan lugar a lo que la autora llama el verdadero nacimiento del paisaje caucásico como ente científico y cultural.

En este punto de su investigación Marina Frolova nos introduce en el análisis de la influencia del modelo alpino en el entendimiento inicial de estas montañas (como de otras cabría decir). Los «Alpes caucásicos», como se llega a llamar a la alta montaña del Cáucaso, es decir la visión e interpretación según el modelo alpino, convive en esta época con la idea del Cáucaso como conjunto geográfico único sin analogía posible. Sin embargo, ciertas características (grandes distancias, proporciones, condiciones climáticas...) confunden por igual a viajeros y científicos foráneos que, en ocasiones (James Bryce, D.W. Freshfield...) reclaman una sensibilidad especial para entender el paisaje caucásico. Las circunstancias de la «colonización» rusa van cambiando asimismo con el tiempo y transformando los paisajes originales hasta el punto de despertar críticas de los propios científicos rusos, sobre todo por los impactos que dicha colonización genera en las zonas próximas al Mar Negro y tras el «descubrimiento» de la Cólquida. Como dice Frolova, los efectos de esta actuación son dramáticos no solo en los elementos materiales del paisaje sino sobre todo en los habitantes tradicionales, como revela la emigración masiva de millones de circasianos y otros pueblos de la Ciscaucasia y Transcaucasia. Sin embargo poco a poco a principios del siglo XX va apareciendo no solo una nueva actitud superadora de la mentalidad explotadora del Cáucaso (que Dokutchaev consideraba, como tantos otros después de él, «uno de los países mas ricos del mundo») sino una orientación «ecológica» de la colonización guiada por las investigaciones geográficas, geológicas y botánicas que se apartan de las tradicionales interpretaciones deterministas. Así el Cáucaso pasa a ser una región a preservar, un «paraíso botánico» y, gracias a las primeras síntesis geográficas, un «terreno privilegiado para la modelización» y la estructuración organizada del territorio sobre bases científicas.

El segundo de los grandes apartados de este capítulo final del libro sistematiza precisamente las numerosas representaciones geográficas del Cáucaso, «un mosaico no solo natural sino de representaciones», en el S.XX. Comienza por estudiar lo que llama «la invención del *landschaft* ruso» que relaciona con la obra de los grandes discípulos, antes mencionados, de Anutchine y los problemas epistemológicos de la concepción del paisaje, cuya contradicción objeto-sujeto, termina decantándose del lado naturalista, utilitario y «deshumanizado». Analiza enseguida el desarrollo de las investigaciones caucásicas tras la Revolución, con la aparición de núcleos dotados inicialmente de relativa autonomía en las universidades georgianas, armenias y azerbaijanas de Tiflis, Bakú y Erivan, destacando sobre todo las fuertes tradiciones y la producción científica de la primera, sus avances en la cartografía de los paisajes y las divisiones regionales del Cáucaso.

Finalmente la «ciencia del paisaje», concluye Frolova, traduce los cambios profundos de las miradas geográficas sobre el Cáucaso. Pero ha existido durante mucho tiempo un cierto bloqueo de los estudios sobre esta montaña, considerada ejemplar por los naturalistas. La razón de ello, al menos en parte, puede residir en la trascendencia que ha tenido el modelo alpino en los estudios. La replica caucásica exacta del escalonamiento altitudinal alpino, por ejemplo, ha tenido efectos perniciosos en el estudio e interpretación de unas montañas de las dimensiones del Cáucaso, hasta el punto de originar un rechazo frontal del modelo entre 1930 y 1960 y, en relación con

ello, una notable y hasta cierto punto sorprendente (para un europeo occidental) evolución de las ideas sobre el origen de los paisajes montañosos (por ejemplo, las relacionadas con el «evolucionismo» de E.E. Milanovski y el geosinclinal móvil del Cáucaso, los factores «exógenos» de A. Krivolutski, etc). Como concluye M. Frolova, «...no solo cabe analizar el paisaje montano a partir de criterios de escalonamiento altitudinal, sino en función de otros hechos como las formas dominantes del relieve creadas por los glaciares y las avalanchas, la evolución histórico-botánica o las relaciones montaña-llanura». Esta nueva forma no alpina de entender el Cáucaso no está exenta de problemas metodológicos que condicionan también la regionalización del Cáucaso, pero ha supuesto una ruptura esencial para una más correcta interpretación de las singularidades de la montaña. Por último, la teoría del geosistema ha sido otro de los factores decisivos en la evolución del modelo caucásico y un avance indudable en la comprensión naturalística del mismo.

Pero ¿dónde queda el elemento antrópico, qué papel atribuir al hombre en el modelo geosistémico? Precisamente con estas preguntas se cierra el último capítulo de la obra. Frolova reafirma que el concepto de geosistema es en origen «naturocéntrico» y que los investigadores del Cáucaso han separado o aislado tradicionalmente los sistemas naturales y los sistemas socio-económicos. Desde 1970 hay un nuevo interés por el papel del hombre en el medio ambiente que parece querer entroncar con algunas ideas olvidadas durante mucho tiempo de Dokutchaev o, mas recientemente de Berg y Neustroiev. Pero otros persisten en las ideas tradicionales impuestas en la URSS desde los años 1940 por el economista geógrafo Sauchkine. Los geógrafos físicos actuales parecen admitir paisajes diferentes, antrópicos y culturales, e incluso destacan el papel del hombre en el geosistema mas allá de su función generadora de materia «tecnogénica». Por otro lado el elemento antrópico resurge con vigor en algunos trabajos sobre los paisajes caucásicos desde 1972 (Gvodetski), pero los pueblos caucásicos siguen quedando fuera de las representaciones. La liberación de la ciencia rusa del lastre soviético todavía tiene un gran recorrido pendiente.

En definitiva este libro, que se cierra con unas sumarias conclusiones («Los paisajes del Cáucaso en la historia de la geografía rusa») constituye no solo una notabilísima aportación al conocimiento de un extraordinario espacio regional e intercontinental, casi desconocido en España, sino, aún mas, una contribución imprescindible a la historia de la geografía y el modo en que se genera el conocimiento geográfico. El hecho de que esto se haga a partir de la experiencia ruso-soviética, poco accesible a los estudiosos españoles que se han servido mucho tiempo de traducciones inglesas (Soviet Geography) es otro hecho a valorar, aunque la obra esté escrita en francés.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ.